

El irlandés Conde de O'Reylli,

Teniente General de los ejércitos españoles de
Carlos III y Carlos IV

Por Miguel Angel Orti Belmonte

Desde el siglo XVI hubo una corriente emigratoria irlandesa hacia España motivada por las persecuciones religiosas de Inglaterra y la protección que les dispensaba Felipe II.

Aún subsiste el Colegio de San Patricio de los Irlandeses, fundado en Salamanca en 1592. Existieron regimientos de irlandeses, el de Irlanda creado en 1698, el de Hibernia, la columna Hibernica y el de Ultonia en 1709; a fines del siglo XVIII su oficialidad era toda irlandesa.

Entre las figuras irlandesas del siglo XVIII, está Ricardo Wall, embajador de España en Londres y ministro de Carlos III, el cual protegió a sus compatriotas y uno de ellos fué a Alejandro O'Reylli Macdowel, que había nacido en Moylohug, en el condado de Media. Desconocemos el año, pero en España era cadete en 1735, en el regimiento de Hibernia. Se cruzó en la Orden de Alcántara en 1765 y fué comendador de Benefayan. Los historiadores escribían que O'Reylli obtuvo el favor de Wall por recomendación del mariscal Broglie y que el embajador francés en España Ossum, también lo protegió, y parece que estuvo un poco de tiempo al servicio de Francia.

SUS PRIMEROS HECHOS DE ARMAS.

En el año de 1762 es general del ejército español y en este se promueve una guerra con Portugal y su aliada Inglaterra. La contestación de Portugal era que deseaba mantener su neutralidad, lo que equivalía a la aceptación de la guerra. Comenzaron las operaciones con retraso, dirigiéndolas el viejo general Marqués de Sarriá, hermano del que fué ministro de Fernando VI, el gran Carvajal y Lancaster, español, natural de Cáceres y no de origen inglés como repiten muchos historiadores. Una

de las divisiones del ejército invasor y precisamente la vanguardia iba mandada por O'Reylli, entró en la ciudad de Chaves y en el mes de junio se dirigió a Villarreal, donde descansó tres días, siguiendo a Villapona, donde encontró oposición; los portugueses habían levantado obstáculos y trincheras. La llegada a Portugal de refuerzos ingleses obligó a la corte de Madrid a reclamar de Francia la ayuda convenida y la unificación de las operaciones, hizo necesario llamar al Conde de Aranda que estaba de embajador en Polonia, para sustituir a Sarriá. El 3 de agosto, Aranda estaba delante de Almeida que se rindió el 25, cooperando a las operaciones las tropas francesas, y las inglesas a las portuguesas. Fue la guerra un paseo militar y terminó sin derramamiento de sangre, la paz se impuso.

En América repercute la guerra. Inglaterra tenía deseo de apoderarse de Cuba. La Habana fue atacada por tierra y por mar, por el almirante Pecok, y las tropas del Conde de Albermale; defendiéndola heroicamente el comandante D. Luis de Velasco, que murió en el sitio. El almirante Cornix toma Manila, pero la isla es defendida por el oidor D. Simón de Anda. Don Pedro Ceballos, toma la colonia portuguesa de Sacramento. El tratado definitivo fue el de París, por el que Inglaterra devolvió a España lo conquistado en Cuba y Manila. España cedía la Florida con el fuerte de San Agustín y los territorios del Este y Sureste del Missisipi y devolvía a Portugal las plazas tomadas y la Colonia del Sacramento, abandonando su derecho a la pesca en Terranova y daba a los ingleses el de la corta del palo de campeche en Honduras.

Carlos III ordenó la inmediata reconstrucción de las fortalezas de la Aldeana, el Morro y la Cabaña, y envió al teniente general Conde de Ricla, D. Ambrosio Funes de Villalpando, y de segundo cabo y sub-inspector, cargo creado recientemente, al general O'Reylli y acompañado de ingenieros. Las actividades de estos generales en su visita consta documentalmente; bajo su inmediata inspección se reedificaron las fortalezas y el castillo del Morro y la Cabaña, que defiende aún la entrada del puerto de La Habana y son testimonio vivo del pasado español.

LAS ORDENANZAS MILITARES DE CARLOS III.

En 1765, regresan a España el Conde de Ricla y O'Reylli. No sabemos qué cargos ocupan en esta fecha, pero entonces se preparan y estudian las Ordenanzas del Ejército, derogando los que regían desde 1728. En 22 de octubre de 1768, se promulgan "*Las Ordenanzas de Su*

Magestad para el gobierno, la disciplina, la subordinación y el servicio de sus armas.

De la importancia de estas Ordenanzas, el mayor elogio que podemos hacer, es que muchos de sus preceptos están todavía vigentes, refundidas en las Ordenanzas modernas, y también en la organización del ejército y de los regimientos. El regimiento tendría dos batallones y estos nueve compañías, una de granaderos y ocho fusileros, los mandos serían un capitán, teniente, subteniente, dos sargentos (uno primero y otro segundo), tres cabos primeros, tres segundos, un tambor y cincuenta y cuatro granaderos; y la de fusileros el mismo número de oficiales, un sargento primero, dos de segunda, dos tambores, cuatro cabos primeros y cuatro segundos y sesenta y cuatro soldados.

La plana mayor del primer batallón la constituían el coronel, sargento mayor, ayudante, dos subtenientes de bandera, capellán, cirujano, maestro armero, tambor mayor y dos pífanos, un cabo y seis gastadores. El segundo batallón lo componían el teniente coronel, ayudante, dos subtenientes de bandera, capellán, cirujano, maestro armero, un cabo, seis gastadores y dos pífanos.

Cada batallón había de llevar dos banderas, de tafetán blanco, de siete cuartas en cuadro, una bordada con las armas reales y las tres de los batallones la cruz de Bergoña y en un cuadro las armas de la ciudad de la que tomaba el nombre el regimiento. Los tres primeros jefes llevaban espada; el capitán y los oficiales fusil con bayoneta, correa, gala y espadín. El sargento conservó su alabarda, el gastador su hacha, y el cabo de escuadra, la vara de un dedo de grueso, siendo preciso que fuera flexible para no lastimar al soldado cuando fuese castigado con ella. Los gastadores habían de ser robustos, altos, ágiles, bien formados y diestros en el manejo del hacha, y lo mismo los granaderos. Conservóse el peinado de coleta con dos bucles; en las revistas tenía que presentarse el soldado con el pelo suelto y la cabeza limpia, envolviéndola después en una cinta otro soldado la cabeza del compañero. Se extendió la inspección a las cuadras y salas de aseo, donde habría jofáinas, tohallas y cepillos. El coronel llevaba tres galones mosqueteros de cinco hilos, colocados en las vueltas de las mangas, dos el teniente coronel y uno el sargento mayor. Los capitanes llevaban en los hombros dos almares, compuestos de un galón de tres dedos de ancho, de cuyo extremo pendía un flequillo; el teniente uno en el hombro derecho y el subteniente otro en el izquierdo. El bastón quedó limitado a los jefes y ayudantes.

La cama del soldado, los fondos del soldado, llamados hoy masa y

masita, la duración del uniforme, el rancho, cantidad y calidad, licencias y disciplina, en una palabra, los preceptos de las actuales Ordenanzas *tienen* sus antecedentes en las Ordenanzas de Carlos III. Cuando regresó a España desde Valencey Fernando VII, se volvieron a imprimir por tercera vez, en 1815, las Ordenanzas de Carlos III.

El monarca sigue ocupándose de su ejército y de su organización y el organismo que crea para ello es el Supremo Consejo de Guerra, en 1773, cuyas atribuciones son la administración de la justicia militar y el reclutamiento del soldado (las levas) fortificaciones, presidios, construcción de barcos, astilleros, fábricas de armas y municiones, el Consejo es el más alto tribunal militar. Forman el Consejo generales y marinos de alto prestigio y brillante historia, que habían figurado en las acciones de las guerras de España, y en los gobiernos de América. En el decreto figura nombrado como Consejero nato a el Teniente General Conde de O'Reylli, Inspector general de la Infantería Española. La labor del Consejo se traduce en disposiciones sobre el ejército, como la ley de quintas, un hombre por cada cinco, elegido mediante sorteo, que servía ocho años en filas.

Por eso en España se llama aún al alistamiento para el ejército, las quintas y servir al Rey. Se dieron disposiciones exceptuado determinados casos mediante cédulas reales.

Se realizaron obras de fortificaciones en fronteras y puertos. Se construyeron barcos, obra de Ensenada, y fábricas de armas. Se fundaron tres academias militares; la de Artillería en Segovia, la de ingenieros en Orán, trasladada luego a Alcalá y la de Infantería en el Puerto de Santa María, de la que fué Director el Conde de O'Reylli.

En estos años la autoridad en cuestiones militares de O'Reylli es muy grande; interviene en todo y fomenta que los oficiales salgan al extranjero y estudien los ejércitos europeos. En el archivo del Marqués de Orando se conserva una carta de O'Reylli dirigida al segundo Marqués, el entonces capitán D. José de Ovando que se encontraba en Berlín; le dice que ha recibido la suya fechada en Praga, que viera todos los cuarteles, revistas de tropas, listas, paradas, ejercicios militares y hasta probara el rancho de los soldados. Que se trajera reglamentos militares y cuantos libros útiles pudiera. Como se ve O'Reylli quiere conocer la organización que Federico el Grande daba a sus ejércitos, reputados entonces como los mejores. Le cita por los historiadores la anécdota de que cuando el Conde de Aranda, general y ministro de Carlos III fué a estudiar la táctica prusiana, díjole Federico el Grande que dicha táctica no debía llamarse prusiana sino española, pues él la había aprendido

en un libro tan español como la obra "Reflexiones Militares", escrita por el célebre Marqués de Santa Cruz de Marcenada. Al despedirse de la Cortele regaló el rey de Prusia una marcha militar que fué declarada por Carlos III marcha real española, el 3 de septiembre de 1770, y que es hoy el Himno Nacional.

El Conde de Cleonard, en su "Historia Orgánica de las armas de Infantería y Caballería", escribe: En 1775, O'Reylli, que a la sazón era inspector general de la Infantería, se dedicó a introducir algunas mejoras: suprimió en los uniformes la solapa que se había añadido en 1767, quitó la cacerina o cartucho que el soldado llevaba al simil de la cana, adoptando el correaje cruzado sobre el pecho y colocando en la correa de la cartuchera un mecherón de latón para los granaderos: sustituyó el sombrero por un casco mixto parecido al antiguo griego, y a la birretnia de granadero, hecho de fieltro negro, con cimera de latón, al que puso una frontela de piel de oso con escudo con las armas reales en el frente y un plumero de lana en el costado izquierdo; reorganizó además las compañías con la competente autorización, bajo la plantilla siguiente:

Granaderos.—Capitán, Teniente, Subteniente, Sargento de primera clase, Sargento de segunda y tambor uno; Cabos primeros y Cabos segundos, tres; Saldados granaderos 54. Total de la Compañía, 66.

Fusileros.—Capitán, Teniente, Subteniente, Sargentos de Primera, uno, Sargentos de segunda, y tambores dos; Cabos primeros y Cabos segundos, cuatro; Soldados sesenta y cuatro. Total de la Compañía, 80.

LA LUISIANA.

En el tratado de París, Francia prometía a Carlos III la Luisiana, pero la cesión no se hizo hasta el 1764, en que se notificó por el gobierno francés a los luisianos que el territorio había sido cedido a España. Hubo resistencia de los naturales a cumplir la orden y enviaron representantesa Francia, que manifestaron el profundo sentimiento que les causaba verse separados de Francia. El gobierno español envió por gobernador a D. Antonio de Ulloa, el gran marino español y hombre de ciencia que midió un grado de meridiano en el Perú. Estalló un movimiento revolucionario proclamando una república. Ulloa es derrotado y se retira a la Habana. Llegan estas noticias a Madrid que hace cuestión de honor la recuperación de la Luisiana y por su amistad con Ricla y el Conde de Aranda, es nombrado O'Reylli general de las fuerzas para la reconquista.

De La Habana sale el convoy formado por la fragata Volante, 24

transportes y 5.000 hombres con 48 cañones. En junio de 1769 entra O'Reylli en Nueva Orleans, capital de la sublevación, castiga a los jefes y condena a muerte al jefe La Fremiere. Suprime el Consejo de la colonia y nombra uno adicto a España, y en octubre entrega el mando a su sucesor. Se ha censurado la violencia de la represión con los sublevados. O'Reylli fué a dominar y a acabar una sublevación y cumplió con su deber de general según las ideas de la época. En el mismo 1769 está de regreso en La Habana.

La "Gaceta de Madrid", del 18 de junio del 1770, daba cuenta de las disposiciones tomadas y de todo lo acaecido en La Luisiana, y que O'Reylli se había restituído a la Corte y besado la mano de S. M., el cual le había concedido una pensión de 2.000 pesos en Indias y que le felicitó por su celo, talento y pericia militar, y su acierto y cabal desempeño en las repetidas e importantes comisiones que se ha servido confiarle, especialmente en esta de La Luisiana, que ha concluído, llenando su Real deseo.

En 1771 es nombrado Inspector general de la Infantería Española, y en 1772, agraciado con el título de Conde de O'Reylli. En 1773 es nombrado Gobernador Militar de Madrid. En este año ha ascendido en su carrera militar, es Teniente General de los Reales ejércitos de Carlos III.

Por el tratado de 1801, entre Francia y España, devolvimos La Luisiana, y en 1803, Napoleón la vendió a Jéfferson en 15.000 millones de dólares, con lo que los Estados Unidos añadieron a la naciente república 900.000 millas de ricas tierras en la que se formaron 10 estados.

La ciudad de Nueva Orleans, conserva algunos recuerdos de España y el más sentimental, es que todavía se habla en muchas personas la lengua castellana, que sobrevive a través de sus vicisitudes históricas.

EXPEDICION A ARGEL.

En 1774 se produce una guerra contra los marroquíes, que atacan Melilla. No he podido documentar si estuvo O'Reylli en la plaza. Este ataque y los de los piratas argelinos que atacaban nuestros barcos y dificultaban la navegación y el comercio juntamente con que el Rey de Argel impulsaba al sultán de Marruecos, hace que Carlos III, piense en realizar una incursión contra las costas argelinas. Era la tradición española de Jiménez de Cisneros, Carlos V y Felipe II y últimamente Felipe V, reconquistando a Orán en 1732. Se preparó un ejército que iba a mandar un general de grandes prestigios por sus guerras en América, el Teniente General D. Pedro de Ceballos, pero pidió tan gran número

de soldados que se le dió el mando a O'Reylli. D. Pedro de Ceballos, años más tarde, de paso para Madrid, murió en Córdoba y está enterrado en nuestra Catedral.

La escuadra se reunió en Cartagena, en junio de 1775. Cleonard eleva el número de barcos a 400; Barado dice que se componía de 8 navíos, 8 fragatas, 24 jabeques, algunas galeotas y lombarderas, al mando de los marinos, D. Pedro González Castejón y D. José Mazarredo. El número de soldados unos los elevan a 20.000 hombres y otros a 22.000, con 176 piezas de artillería. El Dey de Argel había recibido información de Inglaterra y Francia, que hicieron espiar los puertos españoles, valiéndose de un judío, Moisés Daminos, que descubrió los aprestos militares y los denunció. Esto dió lugar a que el Dey llamara a las tribus a la guerra y juntara la enorme fuerza de 80.000 hombres armados que esperaban a las tropas españolas.

De lo ocurrido en Argel tenemos una relación en la Historia de Carlos III, escrita por el Conde de Fernán Núñez, que iba en la expedición y presenció todo lo ocurrido. Todos los escritores que se ocupan de lo ocurrido en Argel, como Barado, el Conde de Cleonard, y el propio Modesto Lafuente, son resúmenes o extractos de lo escrito por Fernán Núñez. Aún pecando de largo en la cita optamos en copiar todo lo escrito por el Conde.

RELACION DEL ATAQUE A ARGEL DEL CONDE DE FERNAN NUÑEZ EN 1775.

El día 1 de julio de 1775 dió fondo la vanguardia de la escuadra en la bahía de Argel, habiéndose retardado algo la retaguardia por esperar a los que se habían refugiado al puerto de la zuluda. Hallamos la bahía coronada de campamentos, desde los cuales lucieron los moros al anochecer una salva de fuego graneado que duró mucho tiempo y que cubría sin interrupción las cinco leguas que tiene la bahía desde Argel al cabo de Mafafni. Quisieron sin duda, hacernos ver con esto el gran número de gentes que estaban prontas para recibirnos.

Había sido en España un misterio impenetrable el objeto de esta expedición, a lo que creían el Marqués de Grimaldi y Conde de O'Reylli, principales directores de ella, y (lo que es aún más singular y aún algo ridículo) también el confesor del Rey, que estaba muy interesado en ella, porque un fraile que había estado en Argel fué quien dió el proyecto, por ser expedición contra los infieles. Con todo el secreto había pasado de unos a otros, aunque siempre con el velo del misterio

y lo peor fué que lo penetraron en tiempo las Cortes extranjeras, interesadas en mantener nuestra enemistad con los moros y en sostenerlos a ellos, para tener menos concurrentes en el comercio de Levante y Africa. Uno de los cautivos que se hallaba en Argel al tiempo de nuestro desembarco, y cuya declaración se halla entre mis papeles a continuación de mi diario de la expedición de Argel, me dijo en Madrid, donde le ví después, que a principios de mayo tenían ya en la Secretaría del Concha Calealo (Ministro del Interior), en que él se hallaba empleado, una noticia exacta de nuestros proyectos y un estado de la escuadra y tropas de desembarco que les habían enviado de Marsella nuestros amigos y aliados los franceses. A más de esto, habían en España un judío que daba puntuales avisos de todo por Marruecos, desde donde los pasaban a Argel.

El general O'Reylli, que contaba con la sorpresa de los moros, fué el que verdaderamente experimentó los efectos de ella cuando vió frustradas sus esperanzas, hallándose rodeado de los mismos enemigos que creía sorprender. Estando la tarde de nuestra entrada observando con un antejo desde el balcón de su navío, "El Velasco", los campamentos y maniobras de caballería de los moros, me dijo, no muy contento, después de conocer las buenas posiciones que habían tomado: "Mon foi, mon ami, le vin est versé, il faut le boire; proposición que, a la verdad, no indicaba grandes esperanzas del suceso, ni tener premeditado nada para el caso de no lograr la sorpresa, fiándose sólo ciegamente en las esperanzas de ella una expedición de esta clase e importancia.

Confirmaron esta verdad las primeras providencias, pues en ellas se vió una incertidumbre y falta de combinación anterior. Viendo tan bien guarnecida la bahía, pensó el General hacer el desembarco en la de la Mala Mujer, que está a espaldas del monte de Argel, distante de esta plaza tres leguas y sin otra comunicación con ella que un camino estrecho por una garganta dominada por todas partes, de modo que pocos hombres podían defenderla contra muchos. Diéronse las órdenes correspondientes, pero el General y nosotros tuvimos la fortuna de que el tiempo impidiese su proyecto, cuyas resultas hubieran sido aún peores que las que experimentamos en el desembarco efectuado después en la bahía.

Verificóse al fin el día 8 de julio, pues aunque en el antecedente se había estado pronto para hacerle, no llegó a efectuarse.

Es difícil ver un espectáculo más hermoso que el que ofreció esta operación militar. Después de haber pasado la noche antecedente (que fué una de las más hermosas y serenas que pueden verse) esperando la

aurora del día siguiente, luego que ésta empezó a aclarar el horizonte, rompieron su fuego los buques de guerra españoles y toscanos, que cubriendo los flancos del desembarco, debían batir la playa destinada a él, habiendo el día antes desmontado las baterías que tenían en él. A esta señal empezaron a marchar con la mayor celeridad e igualdad las siete columnas de barcas que llevaba la tropa de desembarco, y a cuya cabeza iba en cada una, unabarca cañonera. Logróse el desembarco a legua y media de Argel, entre esta plaza y el río Larache, al otro lado del cual había un fuerte campamento del Bey de Constantina. La playa es sumamente arenisca, de modo que no bastaban diez hombres para mover un cañón de a cuatro, por lo que se hundía el terreno. Estaba este dominado a poco más de mil toesas de distancia por la cordillera de colinas que rodean aquella parte de la bahía, y que estan todas cubiertas y cortadas con pitas, árboles y caseríos, que son otras tantas fortificaciones para defender a poca costa y con seguridad su acceso. Luego que formamos en batalla, vinieron a atacarnos varias partidas sueltas de moros, que se acercaban más que a tiro de pistola y plantando sus banderolas en los varios montones de arena de que abunda la playa, nos hacían detrás de ellos un vivo fuego, matándonos bastante gente, sobre todo de las partidas de granaderos y tropas ligeras, que se adelantaban para desalojarlos y apenas caía uno procuraban venir a cortarle la cabeza, porque el Bey había ofrecido un doblón de oro de recompensa por cada uno. Tuve el pesar de ver que mi amigo D. José de Landa, primer Teniente de granaderos de guardias españoles, que me había servido de mentor en mi primera salida al ejército, fué uno de los que tuvieron esta desgraciada suerte. También murió a pocos minutos después del desembarco el Mariscal de Campo, Marqués de la Romana, que en calidad de tal mandaba la derecha de la línea, en que se hallaban los guardias españoles y mi regimiento del Rey, y con quien como General de la derecha, en que yo estaba, había pasado la noche en la barca, y pusimos juntos el pie en tierra.

Por una orden mal entendida empezamos a marchar en batalla y llegamos hasta el pie de las Colinas, en que estaban las primeras pitas, que algunas de nuestras tropas ligeras pasaron. Apenas hicimos este movimiento que vinieron a atacarnos por derecha e izquierda dos columnas numerosas de infantería y caballería, que, creyendo que hubiésemos desembarcado la nuestra, hacían preceder su marcha por un gran número de camellos, a fin de alborotar y poner en desorden nuestros caballos, que se espantan de su olor y figura, cuando no están muy acostumbrados a vivir entre ellos. Luego que vimos este movimiento, mandé

formar un martillo con la segunda línea sobre la derecha para hacer frente a la columna que nos atacaba por el lado de Argel, y lo mismo hicieron a izquierda los guardias Walonas para rechazar el ejército del Bey de Constantina que, igualmente que los moros de la derecha, querían tomarnos el flanco y cortarnos la retirada. Aunque nuestro fuego fué muy vivo en esta ocasión, más que a él debió atribuirse la derrota y huída de las dos columnas enemigas a los buques de guerra y que las hicieron pedazos con un vivísimo fuego de metralla. Con la abertura que ésta hace después de salir del cañón no es fácil calcularse y mucho menos con el movimiento inquieto y continuo de los buques, algunos pedazos llegaron a nuestra línea, y, efectivamente, uno de ellos rompió una pierna, e hizo caer entre mis brazos a D. Josef Manso, Capitán del regimiento de Murcia, hermano del Conde de Hervias, que acababa de llegar con su piquete, y a quien, teniéndole yo por el brazo, le estaba indicando el paraje del claro que debía cubrir con su tropa en el martillo. Este pobre oficial murió poco después de cortarle la pierna.

Rechazados los enemigos con una pérdida muy considerable, nos retiramos hacia la orilla, atrincherándonos en ella. Enfilaron los enemigos el atrincheramiento con un cañón, que, no obstante el fuego de nuestros navíos, habían podido conservar intacto detrás de unos grandes montones de arena, haciéndonos con él mucho daño. Para evitarle fué preciso levantar varios espaldones paralelos al costado del atrincheramiento, al abrigo de los cuales estábamos más a cubierto. Reconoció el General que podía ganar menos que perder si llevaba adelante su empresa, y resolvió reembarcarse y desistir de ella. Desde las cinco de la tarde empezó a ir retirando la tropa, que al amanecer del día siguiente se halló ya toda a bordo de sus buques, no habiendo dejado en tierra sino dos cañones clavados, que la luz del día no daba ya tiempo a retirar.

Los moros, que habían pasado la noche antecedente en poner varios cañones y morteros en las alturas que dominaban nuestras trincheras, a fin de arrojarnos de ella la mañana siguiente, creyeron con razón (por fortuna nuestra) que el objeto de las barcas que durante la noche iban y venían a la playa no era otro que traer más número de artillería y de tropa. A la verdad que esto era lo más regular, pues difícilmente podrían persuadirse hubiésemos venido desde tan lejos con tantos pertrechos de guerra solo a hacerles una visita de atención o a tener un día de campo con ellos. A no ser así, como la playa es de aquellas que se van perdiendo insensiblemente en el mar, con 20 hombres de caballería que hu-

biesen venido por la orilla y algo dentro de él, sable en mano, por cada lado de nuestra trinchera, hubieran entrado en ella sin resistencia, nos hubieran sorprendido, tomándonos por las espaldas y no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia, pues no habiendo otra retirada que la del mar, pocos hubieran podido aprovecharse de ella. La mañana siguiente estuvieron mucho tiempo sin poderse persuadir a lo mismo que estaban viendo y luego que dos de ellos se resolvieron a entrar en la trinchera, lo cual estábamos observando desde los buques, fueron increíbles las demostraciones de alegría que hicieron y el sinnúmero de moros que inundaron la playa y que empezaron inmediatamente a hacer hogueras para quemar los cuerpos muertos.

Por más que las relaciones particulares y aún algunos impresos han exagerado el número de muertos y de los heridos yo puedo asegurar (habiendo sido del número de los segundos, por una contusión que recibí en el pecho) que siendo cierta la nota que yo dí de la brigada del Rey que estaba a mis órdenes, no hay razón para no creer lo fueren igualmente todas las otras, a que se arregló el estado inserto en la Gaceta de Madrid de 16 de julio, por el que constan 27 oficiales y 501 soldados muertos y 191 oficiales, 2.088 soldados heridos, que son en total 528 muertos y 2.279 heridos y el total de uno y otro 2.807.

A más de esto, el cautivo de que he hablado más arriba me dijo en Madrid que no pasaban de 500 cabezas las que habían llevado al Bey. Según su declaración había 518 cañones en las diferentes baterías y 121.000 hombres en los cinco campamentos que había en la bahía y ocultos en las montañas, cuyo detalle consta en su declaración, que está en mis manuscritos de la expedición de Argel. Hicimos vela para Alicante con la vanguardia el día 12 y llegamos el 15; pero cuando nos esperaban victoriosos, solo les ofrecimos un espectáculo el más triste e inesperado con el gran número de heridos que veían transportar a los hospitales. Así acabó esta desgraciada expedición militar, que no es mucho tuviese tan mal suceso dirigida sobre el proyecto y noticias de un fraile. Con todo habiendo ido y desembarcado, no puede negarse que el haber puesto en tierra 18.000 hombres, con su artillería correspondiente; haber tenido una acción; haberse atrincherado y reembarcado con solo el abandono de dos cañones y una pérdida de solo quinientos y tantos hombres, es acción que exige tanta actividad como fortuna; pero si los moros hubiesen obrado en esta ocasión con la intrepidez bárbara que acostumbra, atacándonos en nuestras trincheras, y no con la prudencia que lo hicieron, fortificándose para defenderse al día siguiente, hubieran hecho de nosotros una carnicería horrible. Los moros han ido haciendo cada

día más difícil los desembarcos en aquella bahía, pues a proporción que las expediciones se han hecho en ella desde Luis XIV, por los franceses, y nosotros, se les indicaban los parajes más a propósito para hacer un desembarco, los iban fortificando, de modo que en el día está toda la bahía cubierta de baterías, a medio tiro de cañón, más de otras, en las cuales me ha dicho uno de los que acababa de venir de allá, donde ha pasado cinco años, tienen 720 piezas de cañón para defenderlas.

CRITICA MODERNA

Don Tomás García Figueras, erudito historiador en su obra "Presencia de España en Berberia Central y Oriental", estudia la expedición a Argel y del citado autor copiamos los siguientes párrafos: "Avanzaban los nuestros con gran decisión, sin que pudiera seguirlos la artillería, y cuando el enemigo se detuvo se encontraron nuestras tropas fatigadas en posiciones en las que eran batidas desde alturas próximas difíciles de tomar por los caseríos, cercas etc. que se escalonaban en su falda, y desde las que los argelinos hacían un intenso fuego. Se trabó entonces un combate desmoralizador para los nuestros, que sufrían constantes bajas, sin que sus fuegos hicieran efecto en el enemigo, debido a lo ventajoso de sus posiciones; por otra parte la caballería argelina amenazaba envolver por las alas el dispositivo. Los soldados que no habían dormido la noche anterior, que habían marchado por terreno arenoso y marchado y combatido bajo un sol abrasador, estaban con las bajas sufridas, en difícil situación.

O'Reilly comprendió que no quedaba otra solución que sacar a las tropas de la situación a que las había llevado su ímpetu y el celo en este caso tan perjudicial de sus jefes. Pero la operación de romper el contacto y retirarse presentaba también numerosos riesgos. Para ello dispuso que con las tropas frescas del segundo desembarco se formase una línea atrincherada que sirviese de apoyo para retirar a los primeros. El propio O'Reilly lo describe de este modo: "Lo dispuse así sin perder instante y mientras duraba este trabajo hice rechazar a los enemigos con viveza hasta el terreno que habían elegido en el bosque, no siendo posible empuñar a mas una tropa que, cansada con el desvelo de la noche anterior de su desembarco y que había marchado y combatido toda la mañana con un sol ardiente y en un arenal desigual y molesto peso.

Ejecutose la retirada con tranquilidad; los enemigos se atrevieron a acercarse alguna vez y cuando lo hicieron varios de sus pelotones, fueron rechazados con pérdidas, habiendo las tropas manifestado durante

toda esta acción una constancia inalterable; pero nada pudo suplir la desventajas de la situación en que su ardor la habían empeñado.

Tanto por resultar muy batida la zona protegida de la playa como por las bajas que la tropa había sufrido, tal medida resultó inútil. "Coloque la tropa en sus trincheras cerca del mar, en un terreno estrecho, pero que no se pudo extender por la situación local y por tener los enemigos dos baterías sobre los costados, que a dar mayor extensión molestarían mucho; y aún con todas estas precauciones no se pudo evitar que nos incomodase un cañón que pusieron al pie de una pequeña altura que estaba sobre nuestra derecha, defendido de un profundo atrincheramiento. En esta situación, quise enterarme del número de muertos y heridos y viendo que el de éstos (aunque muchos sólo son de contusiones) era muy excesivo y que los enemigos no podían ya equivocarse nuestro designio y la precisión de ocupar la altura que estaba a nuestro frente distante trescientas taesas y pobladas de árboles con muchas casas; la prontitud con que les ví erigir baterías me hizo creer que en aquella noche pondrían varias en las alturas en que nos debíamos situar, lo que se verificó con los trabajos que empezaron poco antes del anochecer. El Consejo de guerra tomó el acuerdo de reembarcar y la ejecución de esta operación: "todas estas circunstancias me determinaron a juntar los generales, brigadieres y coroneles de regimientos para oír su dictamen, y unánimemente opinaron que con lo que la tropa había perdido aquel día por su muy sobrado ardor, las ventajas que proporcionarían al enemigo las nuevas baterías que iban poniendo en la altura y el fuego que harían, siempre cubierto de los árboles, casas y malezas que hay allí y que tendríamos que sufrir desde la salida de nuestro campo, precisaba indispensablemente a volverse a embarcar".

Aunque me era muy doloroso este partido, hube de conformarme con él por comprenderlo también pienso, aunque muy difícil ejecutarlo sin aventurar las últimas tropas y la artillería avanzada; pero logré poner a bordo en la misma noche toda la tropa, la artillería y cúmulo de efectos que desembarqué para las operaciones últimas, sin haber dejado cosa alguna que haya llegado a mi noticia, a excepción de tres cañones de 12".

JUICIO SOBRE LA EXPEDICION

El conde de Fernán Núñez era brigadier y mandaba el Regimiento inmemorial del Rey. Su relato es exacto y respira franqueza. Danvila y Collado en su "Historia de Carlos III" se extiende largamente en el relato de la expedición, siguiéndolo un manuscrito de la Real Academia de la

Historia y un folleto titulado "Jornada de Argel" publicado en Alicante en 1775, bajo las iniciales L V y cuyo autor fué un oficial de la expedición. Danvila formula con la opinión de todos su juicio sobre la expedición al que seguimos nosotros por parecernos el más acertado y no las diatribas de otros historiadores contra O'Reilly.

Las causas del fracaso fueron el retraso de la expedición en el puerto de Cartagena, el descubrimiento por un navio argelino de la flota, entró fingiendo una arribada forzosa en el puerto de Palma de Mallorca, al parecer también Inglaterra avisó a los argelinos y el Dey de Argel pudo levantar en armas a todas las tribus, armar a los turcos, artillar el puerto y llevar al interior los cautivos.

Como siempre ha ocurrido en los desastres, se culpó al general. El secretario de Estado, comunicaba a Carlos III, que se había malogrado el golpe de mano y que había contribuído a ello el retardo de un mes en Cartagena y los siete días que el convoy había estado a la vista de Argel, por haber estado la mar gruesa; culpaba también a algunos cuerpos que por adelantarse a los otros habían perturbado la marcha. Hay toda una correspondencia entre el marqués de Grimaldi, el conde de Aranda y O'Reilly sobre la expedición.

La indignación en Madrid fué general contra Grimaldi y O'Reilly al que acusaban de inexactitud en su relato oficial, Fernán Núñez dice que como eran extranjeros (Grimaldi y O'Reilly) tenían muchos emulos y enemigos y que el Rey nunca abandonaba a las personas de quien formaba buen concepto, tuvo por conveniente evitar que viniese a Madrid en aquellas circunstancias. La sátira se cebó contra ellos en folletos anónimos.

ARGELIA PROVINCIA FRANCESA

Argel siguió siendo el nido de piratas que atacaban a los barcos españoles y a las Baleares, llegando a bombardear Palamos y apresar dos polacras, una napolitana y otra tortosina. Para obligar al Dey de Argel hacer la paz con España en 1783 y 1784, la escuadra española al mando del gran marino don Antonio Barceló, bombardeó la ciudad de Argel, sobre la que arrojó 3.752 bombas y 3.883 balas, la primera vez, y la segunda 600 bombas, 260 granadas y 1.140 balas, ocasionando grandes daños en la plaza. Fruto de estos bombardeos fueron el tratado del 14 de julio de 1786 entre España y la Regencia de Argel y del 1791, en que se abandonó Orán y Mazalquivir. Las consecuencias fueron para España, la repoblación de las costas del Mediterráneo, muy despobladas por el peligro continuo de los desembarcos de los piratas argelinos en el

XVI, la cautividad de los habitantes y el robo de las mujeres para los harenes. Desde entonces las torres que en lo más alto de los picos vigilaban de día y de noche y anunciaban las hogueras la aparición de barcos sospechosos; se abandonaron y empezaron a derrumbarse. Estas torres se habían levantado en la costa mediterránea en el reinado de Carlos V. Recordemos los episodios que narra Cervantes en el Quijote.

En 1827 hay un incidente entre el cónsul francés Daval y el Dey Hussein. Francia se decide a una intervención militar y envía una expedición al mando del general Bourmont contra Argel, que se vió obligada a capitular. La toma de Argel fué el primer episodio de una larga y penosa guerra. Surgió el Emir Abd-el-Kader que sostuvo la resistencia argelina. Fueron sangrientos los dos sitios de Constantina y la batalla de Sikkah, donde fue derrotado el Emir por el mariscal Bugeaud, que llegó hasta las puertas de Hierro en 1839. En el 1843, tiene lugar la batalla de Smala, donde otra vez fué derrotado Abd-el-Kader, que se refugió en Marruecos. En 1844 en la batalla de Isly es derrotado definitivamente, rindiéndose el jefe argelino en 1847. Uno de sus nietos era oficial francés en 1915. La Argelia salvo ligeros conatos y la sublevación de 1871, era una provincia francesa. Recordemos a Alfonso Daudet en sus libros. Abd-el-Kader prisionero en Francia fué libertado en 1852. Pierre Loti en uno de sus viajes, habla de su sepultura en Damasco, donde murió. De España se conserva en Orán, el recuerdo de nuestra dominación; sus murallas, fortalezas y la puerta de España. Es considerable el número de españoles que viven en Argelia, el censo de 1940, daba 230.000, más la emigración golondrina procedentes de Almería y Alicante, que acudían todos los años en la recolección de cereales. El español ha sido el creador de los viñedos y olivares argelinos. Hace años por una ley francesa (1889), fueron todos nacionalizados súbditos franceses. En nuestros días somos testigos de la independencia de Marruecos y Argelia, llegados a la mayor edad, como lo fueron nuestros Virreynatos de América en el siglo pasado. La incógnita es si serán otra vez los enemigos de España en el futuro, el tiempo lo dirá.

ULTIMOS MANDOS

El rey mandó a O'Reilly a reconocer las islas Chafarinas para ver si convenía establecerse en ellas y abandonar todos los presidios de la costa africana, menos Ceuta.

Después pasó al Puerto de Santa María, a la dirección de la escuela militar creada y tomó posesión de la Capitanía general de Andalucía;

seguía también con su cargo de Inspector de la Infantería, que lo tuvo hasta el 1786, en que se nombraron a los generales O'Neill y don Ventura Caro y entonces pidió el relevo por motivos de salud al año siguiente.

Durante este periodo de su mando organizó tropas que tomaron parte en el bloqueo de Gibraltar en 1780 y cuando la conquista de Menorca por el duque de Crillon, al que prestó gran ayuda. Dispensó toda clase de atenciones en Cádiz al ir al sitio de Gibraltar.

La ejecución de Luis XVI, da lugar a la guerra con Francia, la última de las guerras sostenida por España y en la cual sus ejércitos entran victoriosos en ciudades francesas y en donde el general Ricardos y don Ventura Caro se cubren de gloria, el primero sintiéndose morir señaló como sucesor al general O'Reilly, que a la cualidad de ser su más íntimo amigo, reunía la de tenerle por uno de los más activos y expertos generales a pesar de su desgracia en la jornada de Argel. Recibió la orden de ponerse inmediatamente en camino para la frontera de los Pirineos orientales. Acaso por fortuna suya la muerte sorprendió también a O'Reilly el 23 de marzo (1794) en Bonete cuando ya se dirigía a Valencia. Fué nombrado sustituto el conde de la Unión, que tuvo grandes desgracias en su mando.

Casó O'Reilly con doña María de las Casas Aragoni, de la que tuvo varios hijos; heredó el título su hijo Pedro Pablo O'Reilly, que vivió en la Habana donde casó en 1792 con doña María Francisca Calvo de la Puerta. El tercer conde de O'Reilly fué el nieto Manuel O'Reilly y Calvo de la Puerta, el cuarto María Francisca O'Reilly y Pedroso. Una tataranieta doña María de las Mercedes y Ruíz de Apodaca obtuvo el título de Marquesa de O'Reilly el 11 de marzo de 1887, que hoy ostenta su nieto don Dario Valcárcel y Cobly desde el 30 de marzo de 1930.

Miguel Angel Orti Belmonte

